





México: Patria e Identidad

México: Fuente de orgullo*

Por Javier Garciadiego**

El Archivo General de la Nación no se reduce a ser el repositorio documental más importante del país. Tampoco es un simple cementerio de papeles viejos. Su vitalidad institucional y la labor de los hombres y mujeres que en él laboran lo han convertido, desde siempre, en parte sustantiva de la conformación de nuestra conciencia histórica, en pieza clave de la discusión sobre nuestros orígenes y características como país.

El libro que hoy se presenta es una prueba más de ello. *México: Patria e Identidad* contiene cinco ensayos que analizan la historia de nuestros principales Símbolos Patrios: el Escudo y el Himno Nacionales. Su importancia es indudable, pues dichos símbolos no son simples objetos culturo-materiales, sino que son un testimonio absolutamente veraz del periodo histórico en que fueron elaborados.

* Palabras pronunciadas en la presentación del libro *México: Patria e Identidad*. Ciudad de México, Palacio de Lecumberri, 29 de febrero de 1996.

** Doctor en Historia de México por El Colegio de México y en Historia de América Latina por la Universidad de Chicago.

De los ensayos que componen este libro, cuya belleza tipográfica es impactante, decidí no hacer comentario alguno sobre el de Jorge Velazco, ese gran músico y musicólogo mexicano, pues corría el riesgo de evidenciar mi nula cultura musical. Espero que mis comentarios sobre los otros textos no descubran mis serias lagunas históricas, aunque creo que sería de justicia comenzar reconociendo que fue mucho lo que aprendí leyendo este libro, que lo disfruté de principio a fin, que gracias a él soy, ahora, menos ignorante de lo que era antes de leerlo. Sobre todo, y este creo que era el objetivo del libro, después de leerlo entiendo y quiero más a mi país, pues deja claro que, aunque carezcamos todavía de muchas cosas, la verdad es que tenemos mucha Patria.

En sus reflexiones sobre el Escudo Nacional, Elisa García Barragán nos traslada a la mítica fundación de Tenochtitlan, para luego conducirnos, a través de las transformaciones sufridas por el mito de dicha fundación, por un inteligente análisis de los cambios sufridos por la idea que los mexicanos hemos tenido de México. En resumen, si la idea del águila sobre el nopal es indígena, la de la devoración de la serpiente es cristiana, europea. Por lo tanto, podemos decir que ya desde algo tan remoto como nuestro nacimiento, plasmado en algo tan íntimo como es nuestro Escudo, los mexicanos somos producto sincrético; somos producto de la cruce de ambas razas: ni predominantemente españoles, ni profundamente indígenas, somos, ni más ni menos, una civilización mestiza. Toda contraposición, o cualquier escisión entre ambos componentes, es necesariamente artificial. Los mexicanos somos, afortunadamente, indivisiblemente mestizos.

Elisa García Barragán hace referencias a la mezcla histórica de nuestros principales símbolos: el nopal y la serpiente, Quetzalcóatl y la Virgen de Guadalupe. Asimismo, con gracia y profundidad —mezcla difícil de alcanzar— describe las vicisitudes del Escudo Nacional a lo largo del siglo XIX, vertiginoso siglo al que correspondieron numerosos cambios emblemáticos: a los imperios de Iturbide y Maximiliano correspondió un águila coronada, no así, obviamente, a nuestros intentos progresistas y republicanos. Asimismo, Elisa García Barragán demuestra que desde el triunfo de los liberales de mediados de siglo, cuando México se consolidó como Nación, los cambios emblemáticos han sido pocos: dicha estabilidad prueba, ilustrativa y plásticamente, nuestra maduración como país.

¿Qué se puede decir de la obra de doña Clementina Díaz y de Ovando? La amenidad de su ensayo no logra ocultar su gran profun-

didad. En su trabajo se narran admirablemente los esfuerzos del joven país, apenas lograda su Independencia, *por definir sus emblemas, su sello distintivo*. Los esfuerzos para establecer un himno, para lograr que fuera aceptado por todos, reflejan, de manera fidedigna, los esfuerzos que muchos mexicanos hicieron para establecer una auténtica nación, con un proyecto estatal aceptado por todos. Así como hubo muchos pesimistas que no le auguraron éxito al Himno, hubo muchos que tampoco le vieron grandes posibilidades al país. Afortunadamente, contábamos con muchos optimistas, como también contamos hoy todavía con doña Clementina: ella es ya un auténtico "emblema" cultural y universitario del país.

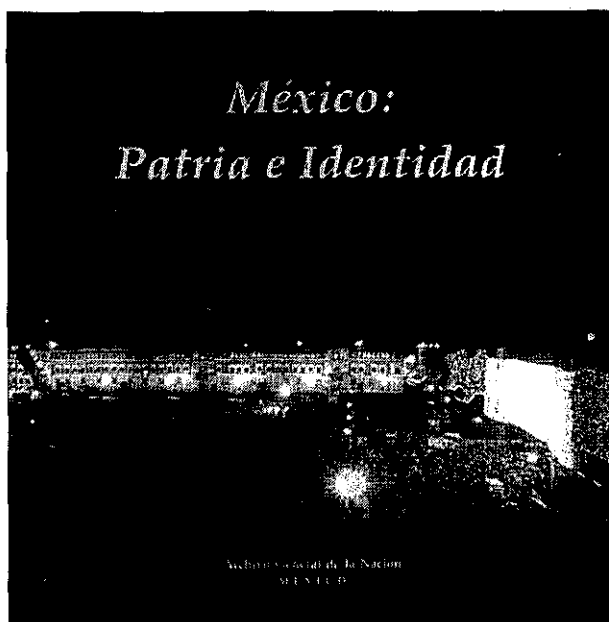
Si doña Clementina me produce admiración, Vicente Quirarte me provoca envidia: poeta, ensayista, cronista, crítico, historiador, editor, etcétera, etcétera. Como dirían los viejos: "tan joven y tan leído y escrito". Magnífico escritor y mejor amigo, Quirarte hace un espléndido análisis del significado de nuestro Himno, explicando histórica y coyunturalmente su naturaleza marcial y nacionalista pues, cuando se compuso, la guerra con Estados Unidos era todavía cicatriz reciente. En su escrito, Quirarte muestra su inteligencia al proponer que a los niños no sólo se les obligue a memorizar las estrofas sino que se les explique la profundidad de su mensaje y se les ubique históricamente, *para no caer en xenofobias y chauvinismos anacrónicos*.

El análisis de Quirarte es espléndido: nos explica los significados de figuras y conceptos como el "olivo", que implica recompensa por el sacrificio; como el "arcángel divino", mensajero alado que trae el orden celestial al caos terrenal; como el "laurel", que simboliza gloria y sabiduría. Más aún, claramente encuentra en el compositor del Himno, Francisco González Bocanegra, un hombre actualizado, producto típico del siglo XIX, siglo que sustituyó a la religión con la ciencia. Esto podría ejemplificarlo señalando que González Bocanegra estaba perfectamente informado de que la Tierra tiene dos centros ("y retiemble en sus centros la tierra"), como en efecto los tiene: el geográfico y el magnético.

Quirarte también descubre en González Bocanegra un hombre con sensibilidad política, pues en el Himno convoca a la concordia nacional y a la unión de los mexicanos, cualquiera que fuera su ideología, contra el enemigo común, que profane "con su planta" nuestro suelo. Coincido con mi amigo Vicente Quirarte: yo que tengo hijos pequeños, de ocho y diez años de edad, reclamo la urgencia de fortalecer en los

niños mexicanos esos mitos epopéyicos o fundacionales: enseñémosles a ser siempre niños héroes, luchando contra "el extraño enemigo" o cargando pesadas lozas y ardientes teas, útiles para quemar los diques del autoritarismo; enseñémosles a ser niños artilleros, a ser águilas intransigentes con las víboras, a, si es preciso, "exhalar" por el país su último aliento.

Quiero concluir esta intervención haciendo referencia a Andrés Bello, ejemplo perfecto de la naturaleza nacional: ni indio, ni español, sino mexicano, que es mucho más que la suma de ambos elementos. Su obra y su vida son tan indisolubles como los componentes de nuestra nacionalidad. Los mexicanos no podemos ser excluyentes, puristas racialmente, porque somos producto de una mezcla. Por ello somos un país verdaderamente rico. Nunca sufriremos enfermedades como la consanguinidad, propia de aristocracias miopes o de familias encerradas y timoratas. Si aceptamos así nuestros orígenes, siempre seremos un pueblo fresco y joven.



Portada del libro *México: Patria e Identidad*, México, AGN, 1995. El 15 de septiembre de 1995. Fotografía de Ernesto Peñaloza.